

Carta abierta

Querido D. Miguel: Nunca como ahora se encontró mi voluntad tan propicia para laborar en pro de la Idea; esa hija suya, que Vd. engendró en el seno de nuestro gran amor: la Academia. Por eso, quero mi incenso en honor de ella, pues que sin duda saldrá triunfante de las cenizas de la indiferencia general, si los esfuerzos de usted no caen en el vacío.

La JUVENTUD MANCHEGA tal y como Vd. la ha imaginado es una necesidad en nuestro pueblo: una necesidad para todos; para Vd. porque siendo su hija, la quiere como a carne de su carne; para nosotros porque ella significaría, unión, afinidad, unidad de trabajo, fin de nuestros esfuerzos. Todo eso.

Los que salimos, años ha, de las aulas de la Academia nos encontramos lejos; lejos en el tiempo y en el espacio; lejos unos de otros, y todos de la madre común. Salimos de la madre que nos cobijó en la infancia y hoy nuestras vidas, van a la deriva; ¡quien sabe si en algún recodo de este mar nos encontraremos alguna vez!

La norma de nuestra vida está tasada en cada uno de nosotros: realizamos esfuerzos por remontar la corriente y al fin lo conseguimos... pero ¡de qué manera! Separándonos cada uno por su lado, siguiendo las indicaciones de nuestro práctico individual un poco menos sentimental que nosotros y un mucho más cruel. Por eso es necesario que volvamos de nuevo a nuestra primera casa; que retornemos como el hijo pródigo a nuestra madre, donde todo serán fiestas, agasajos y caricias. Y nadie más llamado a realizarlo que Vd. que tiene el supremo don de haber dejado en nuestras almas un algo que nos hace hermanos.

He dicho antes que nos separamos al salir de la Academia; cada uno tomó su derrotero distinto; de ahí que los esfuerzos nuestros sean aislados; que caigan en medio de la indiferencia de las gentes tan anónimas como nosotros. Si todos colaborásemos unidos, puesta la mirada en el Ideal común, sería sin duda la cristalización del sentimiento que a Vd. le anima.

De ahí que en estas líneas me permita exponerle sucintamente una idea que creo acogerá con simpatía, pues es el camino de conseguir lo anteriormente dicho.

¿Por qué no trata de hacer la Asociación de antiguos alumnos de la Academia? A ella todos aportaríamos algo de nuestro pequeño a grande bagaje intelectual; no creo que ninguno de los que en ese Centro nos hemos educado negara apoyo; podrían verificarse veladas literarias o científicas, conferencias, cursillos, etc. etc., que estuviesen a cargo de antiguos y modernos alumnos. Y JUVENTUD MANCHEGA podría ser el órgano de esa Asociación.

Animo D. Miguel: a su disposición tiene a los que pasamos por esas aulas y su voluntad es muy grande. No hay tiempo que perder. Se impone unir a la juventud manchega, salvaguardia del mañana de nuestro pueblo. ¡Quién sabe si los nubarrones que occultan el sol de la Patria, desaparecerán con el esfuerzo de nuestra juventud.

FRANCISCO TOLSADA.

Mi pueblo y las Vacaciones.

VIAJE ESTUDIANTIL

Solo, en un vagón de tercera clase, ensimismado en tristes reflexiones y entregado por completo en admirar el espléndido paisaje, marchó hacia mi pueblo, a mi querida Patria chica, para abrazar a mis padres, a mis hermanos, a mis amigos.

Voy alegre, pero triste. Alegre, porque marchó hacia mi Patria chica, para hacer mi vida de costumbre, mis paseos cotidianos a caballo, cazar liebres y conejos en el monte vecino, bañarme en el cercano río y principalmente, vivir en mi casa, en compañía de mi querida familia, que ansiosa me espera. Pero voy triste... porque tendré que notificar a mis padres que me han suspendido en una asignatura, en la dichosa Algebra, que tantos malos ratos me ha causado y me causará.

Aun después de estudiarla como ninguna otra, nunca me ha gustado, razón por la cual, mi Profesor, dándose cuenta de ello, me ha dejado para Septiembre.

El paisaje que a mi vista se presenta, va progresivamente aumentando en belleza, más encantador, más sublime. Cerca, un bosque de pinos extiende su sombra hasta el infinito, más allá, serpentea un riachuelo por entre las enramadas formadas por los árboles semeando un hilo de plata; un poco más lejos, se distinguen claramente las primeras estribaciones de una cordillera; el crepúsculo vespertino, va aproximándose poco a poco, la tarde está para extinguirse y ya empieza la noche a extender sus sombras por la llanura.

Rendido de sueño, recostado en el duro respaldo de madera, dirijo mis atónitos ojos, ya a un lado, ya a otro, y a entrambos sitios, encuentro siempre, lejos la cordillera y cerca la llanura.

Un ruido sordo me despierta del letargo o sueño en que había caído; es el producido por el paso del tren sobre un puente; a no ser por esta causa, seguramente habría pasado dormido por la estación más cercana a mi pueblo. Dormido he estado cerca de nueve horas, he dejado atrás, más de doce estaciones y la inmediata, es en la que tengo que bajarme para tomar la diligencia que me conduzca a mi pueblo, a mi casa, donde me estarán esperando.

El nuevo día, empieza a dejarse ver y poco a poco, paulatinamente, van desapareciendo las negruzcas sombras de la noche; un silbido lanzado por la locomotora, es suficiente para distraerme de mis tristes reflexiones y prestar alguna atención a lo que me rodea; comprendo que estoy cerca de la estación. Coloco mi modesto equipaje, consistente en una pequeña maleta, en mi mano derecha y en el mismo momento de parada del tren bajo depreisa, atravieso a grandes pasos el andén, y subo en la diligencia; el cochero me ha conocido, así como yo a él; me dirige la palabra, me pregunta, yo le contesto a todo y enseguida, al observar que niugún viajero más ha bajado en demanda de sus servicios, arrea las mulas y nos encaminamos hacia el pueblo.

El paisaje que presencio, me es familiar, lo he visto muchas veces. Poco más de una hora llevamos de camino, y ya diviso claramente las casitas blancas de mi Patria chica; otra media, y llegamos.

Espérandome en la misma carretera está toda mi familia; mis padres, mis hermanos, mis tíos, mis primos, mis amigos; y todos ellos, en el momento mismo de apearme del coche, me besan, me abrazan, me saludan. Cuando las voces se han callado un poco, mi padre me pregunta:

—¿Que tal de exámenes?